
Lo que designa a la mujer como lugar de misterio tiene su origen en ese momento de la infancia en el que la madre, que es todo, que es el todo, pierde ese lugar con la intervención del padre, que surge como objeto de deseo de la madre, como falo. Pienso en el decir de una paciente: “Feminidad, no me gusta esa palabra. Tiene algo de indecible, de excesivo, de ditirámico”.

La historia de la feminidad, en cuanto al falo, recorre un cierto camino común con la perversión. El descubrimiento por parte del niño de que la madre no tiene el falo pone a la mujer bajo el signo de la ambigüedad y, por poco que esta ambigüedad resulte insoportable al sujeto que allí se ve confrontado, abre el camino de la perversión. El hombre es más sensible a esta aura de misterio porque en la relación amorosa, al pasar de la madre a la mujer, atraviesa una historia singular: no cambia de objeto o, más precisamente, de género de objeto, pero debe comprender y asumir un cambio fundamental de estatus de ese objeto. Metamorfosis que abre un interrogante cuyo destino es sin dudas no cerrarse nunca sobre la naturaleza del ser femenino. No hay nada simétrico para la mujer respecto del hombre, al contrario, ya que el objeto de amor de aquella resulta ser al mismo tiempo quien porta el pene y quien detenta simbólicamente el falo. De allí, para la mujer, la espera de eso que podría llamarse certeza desde el lado del hombre; para el hombre, el hecho de sentir como una exigencia que se le impone de manifestar esa misma certeza, esa seguridad que vendría a atestiguar el acuerdo íntimo fundamental supuestamente suyo.

Aquí podemos citar lo que decía Lacan (1957-1958/1998) al respecto:

En cuanto viril, un hombre es siempre más o menos su propia metáfora. Incluso es esto lo que proyecta sobre el término de virilidad aquella sombra de ridículo que igualmente se ha de constatar [...]. [La mujer] no ha de enfrentarse con esta identificación, ni ha de conservar ese título de virilidad [...], sabe dónde ha de ir a buscarlo [el falo], al padre, y se dirige hacia quien lo tiene. Esto también les indica en qué sentido una feminidad, una verdadera feminidad, siempre tiene hasta cierto punto una dimensión de coartada. Las verdaderas mujeres, eso siempre tiene algo de extravío. (p. 195)⁴

Estas observaciones aclaran la posición de Freud (1933 [1932]/1995b) al remitir al topos romántico, otorgando a la mujer un lugar inaccesible e incognoscible. “Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, [...] diríjense a los poetas” (p. 219)⁵: difícil imaginar algo más banal que esta invitación tan citada de la conferencia de 1932. ¿Y hay que aceptarla porque agregue que habrá un día una respuesta que aportará “la ciencia”, como si no pudiera fiarse de sus propios descubrimientos? No puede pensarse que, con las observaciones que regularmente ha connotado sus re-

4 N. del T.: Traducción de E. Berenguer. La traducción corresponde a la p. 104 de: Lacan, J. (2010). *El seminario de Jacques Lacan, libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1957-1958).

5 N. del T.: En español, Freud (1933 [1932]/1986, p. 125).

flexiones sobre el asunto, indique en realidad que, para el hombre, en todo caso, la feminidad puede definirse estructuralmente como una espera, una ambigüedad, un problema. La conclusión de *Análisis terminable e interminable* (Freud, 1937/2010) plantea un problema mucho más complejo, pero falta que Freud inscriba allí la feminidad, a título de su rechazo común a los dos sexos, como límite infranqueable que se encuentra en el análisis: “En ningún momento del trabajo analítico se padece más bajo el sentimiento opresivo de un empeño que se repite infructuosamente” (p. 54)⁶.

Paradójicamente, podría verse en la instalación de la feminidad en una alteridad absoluta, sacralizada por un carácter incognoscible e infranqueable, una última revancha de lo femenino contra una teoría falocéntrica: en el recorrido del pensamiento de Freud hay un desarrollo que hace de contrapeso implícito a la unicidad de la libido masculina y la prevalencia del falo, e introduce sobre este tema una tensión en la teoría. *Implícito* porque no hay en los textos de Freud de 1931-1932 ningún renunciamiento a la afirmación de la primacía del falo impuesta en los textos de 1923-1924, pero *contrapeso* porque hay un desarrollo de todo un campo: el descubrimiento de la importancia de la relación con la madre en la fase preedípica, espacio ya designado por la metáfora de la civilización minoica-micénica y continuado en la designación de una *terra incógnita* llamada feminidad. Y, en ese campo, debemos notar el lugar de un femenino originario muy tempranamente afirmado por Freud y parcialmente enmascarado por los desarrollos ulteriores. Es sobre este femenino originario que quisiera proseguir, en un desarrollo que necesitará cuatro o cinco etapas, antes de ilustrarlo con un caso clínico que cuestiona la emergencia de la feminidad en una mujer cuyo analista es un hombre.

Lo femenino fuera de la maternidad

Que la *cuestión no se plantea para ella* es una afirmación que haría llorar de rabia a dicha paciente, cuyo cuerpo con límites demasiado fugaces no deja de encarnar todas las figuras posibles, y que vive como un verdadero enloquecimiento su búsqueda de la feminidad. ¿Qué elegir entre la sirena con vestidos entallados, la libertaria con atuendos sin forma, la refinada con maquillaje excesivo, la anoréxica en conflicto con sus padres, la vividora que se jacta de su apetito voraz, la vampiresa que devora a los hombres, la romántica que sueña con las flores que le ofrecen, la misógina a la que los artificios de sus parejas exasperan, la desesperada a la que los hombres abandonan, la prostituta que se hace pagar por sus talentos, la graciosa a la que sus amigos adoran, la silenciosa de otros tiempos? ¿Cómo hallar un principio de respuesta en este *Maelström* de identificaciones? Al querer, a cualquier precio, encontrar una feminidad que persista para

6 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción corresponde a la p. 253 de: Freud, S. (1986). *Análisis terminable e interminable*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937).

referirse a la castración y a la primacía del falo, que reduce otro tanto el reconocimiento de la importancia acordada a un femenino originario específico. Sin embargo, precisamente esta intención choca, en el desarrollo del texto, contra una dificultad que no se escamotea. Incluso cuando Freud busca otorgar todo su lugar a la castración, es lo infantil lo que se impone para explicar la pasividad, lo infantil del niño en desamparo y dependencia: la interpretación que remite así a lo infantil originario concierne a las fantasías antes enumeradas. “Ser amordazado, atado, golpeado dolorosamente” (p. 14)⁷, tal es “la interpretación más inmediata y fácil de obtener” (p. 14). La interpretación en términos de castración no aparece sino hasta un segundo nivel, “casos en que las fantasías masoquistas hayan experimentado un procesamiento particularmente rico” (p. 14). Es por estos últimos casos que la persona se halla puesta “en una situación característica de la feminidad [...] ser castrado, ser poseído sexualmente o parir” (p. 14) -notemos que ese sorprendente *parir* vuelve a remitir a lo infantil, allí donde ya no se lo esperaba⁸-.

El mantenimiento por parte de Freud de la doble referencia a lo edípico y a lo preedípico para dar cuenta de la construcción de este masoquismo femenino se encuentra hasta en la justificación final de la terminología que ha elegido: “Por eso he dado a esta forma de manifestación del masoquismo el nombre de ‘femenina’ [...], aunque muchísimos de sus elementos apuntan a la vida infantil” (p. 14; el destacado en itálicas es mío). Es decir que sería posible denominarlo masoquismo infantil o incluso infantil femenino sin entrar en contradicción con el análisis de Freud.

De esta manera, toda la orientación del texto de 1924 es una observación teórico-clínica que por una parte separa el masoquismo femenino del género femenino, y por otra parte articula su origen infantil y su remanente edípico. Texto bisagra, sin dudas, que llega en el momento de la afirmación por parte de Freud de la primacía del falo, pero que procede, según el recorrido epistemológico que le es propio, el de ceñirse a mantener las proposiciones iniciales e integrarlas en los avances ulteriores.

Los textos *Sobre la sexualidad femenina*, de 1931, y *La feminidad*, de 1932, reelaboran esta cuestión bajo un ángulo diferente, ya que toda la reflexión de Freud en estos textos pone en valor el apego preedípico a la madre y hace un inventario de las razones que pueden llevar a la hija a escapar del vínculo de pasividad con la madre. Son la castración y la envidia del pene las que llevarán a la hija a renunciar a su madre. Sin embargo, a pesar de ello, el lugar acordado a la pasividad primaria no se abandona. Su importancia se reitera: “Las primeras vivencias sexuales y de tinte sexual del niño junto a la madre son desde luego de naturaleza pasiva [...]. Una parte de la libido

7 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. Esta traducción y las demás traducciones de este párrafo y el siguiente corresponden a la p. 168 de: Freud, S. (1986). El problema económico del masoquismo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).

8 N. del T.: El autor relaciona el término *enfantier*, “engendrar, alumbrar, dar a luz”, con *enfant*, “bebé”.

del niño permanece adherida a estas experiencias y goza de las satisfacciones conexas” (Freud, 1931/1995a, p. 21)⁹. Y sobre todo la pasividad permanecerá hallando un destino nuevo: “El tránsito al objeto-padre se cumple con la ayuda de las aspiraciones pasivas en la medida en que estas han escapado al ímpetu subvirtiente [*Umsturz*]¹⁰” (p. 24). Ambos artículos desarrollan sobre este punto los mismos argumentos de manera idéntica. Para Freud, es claro que se trata de mantener pasividad y masoquismo femenino en la constitución de la base sobre la que se edifica la feminidad.

Así, es importante notar que si las características que la feminidad cobra cuando la mujer se involucra en el Edipo son específicas –y, principalmente, en torno a la envidia del pene–, la observación de lo que denomino feminidad originaria, construida en el vínculo infantil con la madre, tanto en el niño como en la niña, no es en absoluto puesta en cuestión. Por cierto, no se trata de olvidar que Freud en estos textos no reafirma de manera desarrollada esta observación: él parece incluso considerar que, en la dependencia de la madre, esta pasividad que él tiene en cuenta con todos sus desarrollos en el infante cuando se trata de una niña devendría sin consecuencias cuando se trata de un niño. O, más precisamente, sin consecuencias visibles. Él mismo lo advirtió en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*, de 1925: “En lo tocante a la prehistoria del complejo de Edipo en el varoncito, falta mucho para que todo nos resulte claro” (p. 193)¹¹, e incluso: “Hemos obtenido una intelección sobre la prehistoria del complejo de Edipo en la niña. Lo que pueda corresponderle en el varón es bastante desconocido” (p. 199)¹². En realidad, nos encontramos en este punto frente a una dificultad del pensamiento de Freud, que se esfuerza en formular al mismo tiempo una teoría de la masculinidad y una teoría de la feminidad. Es un verdadero quiasmo el que se esboza: al hablar del Edipo, es del niño que Freud trata, y las cosas quedan con mayor frecuencia indistintas para la niña; al hablar del pre-Edipo –de la prehistoria–, Freud se interesa en la niña, y la suerte del niño permanece desconocida (la metáfora prehistórica, muy familiar para Freud, se utiliza demasiado abundantemente en el texto de 1925; competirá en los textos de los años 30 sobre lo femenino con la metáfora arqueológica de lo minoico-micénico, de un poder evocativo infinitamente más potente).

Por ello, asignaremos tanta más importancia a eso que, a pesar de todo, él ha dicho respecto del niño y que se ubica en el origen de su razonamiento. Él recuerda entonces que el niño y la niña, partiendo de un mismo vínculo con la madre, se ven confrontados a tareas

9 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción corresponde a la p. 238 de: Freud, S. (1986). Sobre la sexualidad femenina. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1931).

10 N. del T.: En español, Freud (1931/1986, pp. 240-241).

11 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción corresponde a la p. 269 de: Freud, S. (1986). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).

12 N. del T.: En español, Freud (1925/1986, p. 275).

absolutamente opuestas. No hay nada que discutir sobre el niño, puesto que “no tropezamos con ninguna dificultad para deducir este resultado en el caso del varoncito. La madre fue su primer objeto de amor” (Freud, 1931/1995a, p. 9)¹³. Por el contrario, el problema es inmenso respecto del otro sexo: “El caso es diverso para la niña pequeña. También la madre fue, por cierto, su primer objeto; ¿cómo halla entonces el camino hasta el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se desase de la madre?” (p. 9).

No hay entonces cómo oponer el Freud de 1924 que trata el masoquismo femenino al Freud de 1931-1932 sobre la feminidad respecto de la dependencia al otro materno. La referencia explícita en esos artículos tardíos a la bisexualidad originaria, tal como había sido ya formulada en los Tres ensayos, refuerza aun esta invitación a tomar en cuenta un originario compartido en los dos sexos. No obstante, en ese mismo movimiento, al convertirse en una manifestación que no estaría en absoluto referida a un género en particular, ¿pierde ese masoquismo femenino toda capacidad de explicar lo que tiene de feminidad?

Los modelos de lo infantil

Habiendo así recordado los términos freudianos del problema, quisiera retomar las cosas después de Freud, a partir de lo que puede denominarse como modelos de lo infantil. Es necesario retomar el sujeto desde un punto de vista genético para comprender su complejidad. Es en la posición del niño, cuya prematuridad lo deja absolutamente desvalido frente a la dependencia de los cuidados maternos, que se hace la primera experiencia de la pasividad, experiencia de satisfacción y de excitación a la vez, experiencia de la adecuación ideal entre las necesidades del niño y de una “acción específica” operada por la madre, al mismo tiempo que de la inadecuación innata de la dependencia de un organismo inmaduro respecto de un otro totalmente fuerte. No faltan modelos para dar cuenta de lo que podría ser una adecuación entre la madre y el niño, a partir de la capacidad que aquella puede mostrar de responder tanto a las necesidades fisiológicas como a las psíquicas del recién nacido. Citemos:

- el modelo freudiano que acabo de recordar, cuando Freud incorpora la noción de acción específica que viene a calmar la excitación interna (*en Proyecto de psicología*)¹⁴
- el modelo winnicottiano de la madre suficientemente buena
- el modelo bioniano de la madre cuya cualidad psíquica aporta la “capacidad de *rêverie*”

Pero la lógica misma de estos modelos que insisten en la necesidad de la adaptación de la madre al niño subrayan la extraordinaria amenaza que sobrevuela permanentemente sobre este, es decir, la inadecuación natural de hecho que existe entre uno y otra: el recién nacido está en una situación de total dependencia y sumisión. La menor falla de la madre, pero también todos los significantes de su presencia o de

13 N. del T.: En español, para esta cita y la siguiente, Freud (1931/1986, p. 227).

14 Esta cuestión es objeto de desarrollos importantes en P. Merot (2014).

su ausencia y todos los mensajes que ella le dirige, tiene un impacto formidable sobre el niño. La negociación entre la actividad autónoma del niño, su propia afirmación, su propio empuje pulsional –aunque las palabras muestran dificultad para dar una idea de los procesos en juego en un tiempo tan lejano– y las iniciativas parentales no disponen más que de un muy pequeño margen de maniobra.

La puesta en práctica de los cuidados maternos no puede considerarse por fuera de la hipótesis de la pasividad primaria. Es entonces que la experiencia de placer en la pasividad puede desplegarse. Esta vendrá a fundar la confianza de base del sujeto de cara al otro. El cuerpo conserva el recuerdo de ese tiempo lejano, y cuando el adulto se involucre en la relación amorosa, nadie duda de que lo pondrá en juego de manera explícita en el tiempo del placer preliminar. La sutileza del juego amoroso conoce ese arte de complicar al infinito ese reparto entre la pasividad y la actividad.

Esa pasividad de la infancia, en su valor estructurante, solo puede considerarse como no destructiva. Más allá, comienza el dominio del desborde traumático, que puede designarse como ruptura de la paraexcitación. Es allí donde resulta necesario retener la vertiente negativa de este masoquismo primario, cuando la intervención del otro viene a hacer efracción. Al oír a una joven, en los comienzos de su análisis, evocar el hecho de que por nada del mundo consultaría a una mujer ginecóloga, me sorprendí. La respuesta surgió enseguida: “Tendría mucho miedo de que me hiciese sufrir”. Por supuesto, esta frase no tiene valor alguno de generalidad y no podría analizarse completamente sin retomarla también en sus significaciones edípicas. Sin embargo, en este fantasma masoquista en el que es la mujer la que viene a atentar contra el sexo de una mujer, mientras el hombre es designado como aquel que preserva, puede hallarse un eco de ese masoquismo primario del cuerpo del niño librado sin freno a las manipulaciones maternas.

Jean Laplanche ha insistido particularmente en el hecho de que el lactante está profundamente desadaptado. En el plano de la supervivencia, desde el comienzo el pequeño ser humano necesita imperativamente del otro. De la dependencia vital que somete la supervivencia misma a la presencia del otro materno, él ha subrayado la vertiente trágica, la del *Hilflosigkeit* –el desvalimiento, el desamparo–. En el plano de la sexualidad, a *posteriori*: el niño sometido a los mensajes provenientes de los padres (“mensajes comprometidos”, es decir, comprometidos por la sexualidad de los padres), mensajes cuyo carácter enigmático está ligado precisamente a esa desadaptación, mensajes a través de los cuales lo sexual va a implantarse en el niño. Sin embarcarme aquí en el debate sobre el lugar de un movimiento pulsional propio del niño, el lazo de seducción infantil está definido esencialmente por la pasividad del niño en relación con el adulto. El hecho de la seducción ya no se caracteriza por su carácter contingente, sino que deviene una experiencia constitutiva del vínculo del niño con el adulto. El “ser-seducido-por-el-otro” deviene una marca de lo infantil. Ese “ser-seducido-por-el-otro” que asocia pasividad y sumisión y que recubre eso que Freud describe como masoquismo femenino, puede definirse como femenino originario. Es esta la proposición que intento sostener.

El deseo del otro

No obstante, antes de dejar el campo de lo originario y de examinar los desarrollos de esta proposición, quisiera hacer una última observación, que tal vez no sea central en mi recorrido, pero, no obstante, encuentra allí su lugar. Es otra dimensión del vínculo originario con el otro lo que quisiera evocar brevemente. Que el niño esté sometido a los mensajes que los padres le dirigen es lo que acabamos de recordar. Aparte de los mensajes portadores del enigma de lo sexual procedentes de los padres, otros marcarán al niño y se inscribirán en su inconsciente, como significantes y como fantasmas: son los deseos que los padres formulan y que le conciernen, es el lugar que él ocupa en la genealogía, es la herencia de la que él es poseedor, son los secretos que se anudan en su cabeza: la identificación al deseo del otro. El análisis suele consistir en hacer, o deshacer, la historia de estas determinaciones en la cual el sujeto se halla atrapado y aquella de los tiempos más precoces. ¿De qué se trata, en efecto, para el niño, si no de hallarse fundamentalmente sometido al deseo del otro? Nada pone en duda esta transmisión que inscribe al niño en los significantes que los padres le asignan, pero, haciéndolo, nos interesa sobre todo la segunda parte de esta proposición, que designa el deseo del otro. Es necesario igualmente apreciar en toda su medida la primera palabra: la *identificación*. Porque identificación significa aquí sumisión; sin duda, para encontrar en ella su identidad y sus ideales, pero, al mismo tiempo, para conocer en ella la experiencia más radical de pasividad.

No es quizá por azar que la estructura del deseo de ser busca el deseo del otro, se ve venir así en eco con esa posición originaria del niño de ser sometido al deseo del otro. Desear eso que el otro desea es someterse a su *Diktat*. El histérico viene a decir lo verdadero sobre los orígenes del deseo. Se está allí sin duda en una dimensión fundamental del masoquismo primario que indica que el sujeto humano no existe más que en una infranqueable extrañeza respecto de sí mismo. No es sino hasta muy tarde, y entonces es ya una cosa totalmente distinta, que el vínculo con el otro cobra la forma explícitamente sádica de la sumisión al superyó parental.

Las reestructuraciones ulteriores, la envidia del pene

Es en esta experiencia originaria de la pasividad que me parece posible ver la constitución de un prototipo de la feminidad tal como resulta común a ambos sexos. Abordar la cuestión de la feminidad por la hipótesis de una feminidad primitiva, así concebida como relación primera con el otro que hace intrusión, es infinitamente más fecundo que retomar los debates bizantinos e irreales sobre el conocimiento, o el desconocimiento, de la vagina por parte de la niña: teorías que derivan inevitablemente hacia un realismo anatómico que desconoce el impulso estructurante de los significantes, un vocabulario en el que toda la verdad metafórica de los conceptos se pierde. La realidad anatómica y su justa percepción por parte del niño no proveen la clave de la realidad psíquica, y la diferencia que puede introducirse

En efecto, en *Sobre la sexualidad femenina* (Freud, 1931/1995a), que llega algo menos de diez años después, no hace concesión alguna sobre la cuestión de la primacía del falo, pero cuando aborda el par actividad/pasividad es para reconocer un lugar importante en la actividad de la niña pequeña, equivalente a la del niño, una actividad que, sin embargo, no tendrá sino un tiempo, destinada a borrarse cuando la niña se embarque en su destino de mujer, en el que “se observa [...] un fuerte descenso de las aspiraciones sexuales activas y un ascenso de las pasivas” (p. 24)¹⁶.

Un año más tarde, en 1932, en el texto sobre *La feminidad*, Freud renuncia a la idea de una adecuación completa entre los dos pares: “hacer coincidir ‘activo’ con ‘masculino’, ‘pasivo’ con ‘femenino’ [...] se los desaconseja” (p. 198)¹⁷. La cuestión de la pasividad se beneficia en ese texto de un enfoque mucho más sutil: de esta manera, “puede ser necesaria una gran dosis de actividad para alcanzar una meta pasiva” (p. 199)¹⁸.

En la experiencia de esta pasividad primitiva se inscribe también la huella de eso que en el hombre hará el miedo de la penetración, el *rechazo de la feminidad*, “la revuelta contra su actitud pasiva o femenina hacia otro hombre” (Freud, 1937/2010, p. 52)¹⁹, la roca de base más allá de la cual ningún avance es posible. Están allí los términos y la conclusión de Análisis terminable e interminable, pero, respecto del niño, en referencia a lo biológico que aparece entonces como un verdadero *Deus ex machina*. La puesta en evidencia de un femenino originario autoriza una reinterpretación de ese texto que permite comprender tan bien, sino mejor, cómo en el niño todo recordatorio de lo femenino –de lo que él está constituido en parte– podrá suscitar una violenta reacción defensiva. Esta relectura permite también comprender en qué ese femenino –y, correlativamente, su rechazo– es un límite infranqueable.

Por cierto, en ese texto Freud pone la común rebelión de los dos sexos contra la feminidad a título de rechazo de la castración, pero no tiene lugar para oponer eso que resurge de un rechazo de la castración y eso que remite a un rechazo de esta feminidad originaria. Toda angustia de castración solo puede en efecto reactivar aquello que puede contener una huella de una feminidad originaria.

Al contrario de lo que pasa en el niño, la evolución en la niña conducirá a dar todo su lugar a esta feminidad originaria y en principio a aceptarla, a menos que un avatar de su vida sexual la conduzca a percibirla como peligrosa para su integridad y a rechazarla. Le hará falta transigir con las etapas ulteriores de la construcción de la feminidad que permanecen decisivas. En efecto, todo lo que acabamos de desarrollar sobre la pasividad muestra hasta qué punto esta puede difícilmente escogerse como criterio último de la feminidad, y aun menos como criterio único, y desde el principio en la medida en que originalmente

16 N. del T.: En español, Freud (1931/1986, p. 240).

17 N. del T.: En español, Freud (1933 [1932]/1986, p. 107).

18 N. del T.: En español, Freud (1933 [1932]/1986, p. 199).

19 N. del T.: En español, Freud (1937/1986, p. 252).

“Todos los hombres son así”. Enunciado dicho cien veces. Enunciado banal que los analistas oyen sin duda con frecuencia en la intimidad de sus consultorios. Desde el comienzo de su análisis, Esther ataca a su marido y, a través de él, a todos los hombres. Su matrimonio anterior ya había contenido la idea de una desconfianza respecto de los hombres. Nada de lo que hace este hombre, nada de lo que es tiene gracia para ella. *A través de él, a todos los hombres*, sin duda, porque siento este ataque como si estuviera dirigido a mí y encuentro mucha injusticia en las críticas que ella enuncia: cuando lo acusa de incoherencia, lo considero bastante paciente; cuando le dice hipócrita, conservo la idea de que puede ser sincero; cuando lo pretende egoísta, hallo que tiene razón de preservarse; cuando lo juzga nulo, pienso que ella no le deja mucho espacio para existir.

Evidentemente, no otorgo carta de ciudadanía a mis asociaciones: mi movimiento contratransferencial de identificación con ese hombre es preferible que lo conserve para mí. Tampoco tengo ocasión de estar particularmente orgulloso de un movimiento que me lleve a defender la casta de los hombres, frente a esta mujer para la que parte de sus ideales han consistido en querer liberar a las mujeres de un yugo injusto. Adivino incluso el peligro que habría en dejar ver aparecer cualquier aspecto de estos movimientos. Siento sobre todo que no estoy en lo cierto. No los considero en mí mismo más que para apreciar en cuánto estoy incluido y cuánto me dejo incluir en ese *todos los hombres son así*. En realidad, me equivoco cuando esta queja interminable la escucho como si estuviera dirigida a mí, a mí entre todos los hombres. Esther es una víctima que se dirige a un personaje que puede comprenderla, a un otro ella-misma, a una imago materna. Sería más fácil hablarle a una mujer, dirá en otros momentos.

El acontecimiento en sesión surgió cuando al decir otra vez su *leitmotiv*, “todos los hombres son así”, la frase se interrumpió por un sentimiento de extrañeza. El enunciado no cuadra. Alguien podría ofenderse con tal afirmación. Esta mujer llevaba a cabo nuevamente, con lágrimas en los ojos, el juicio de su marido. Denunciaba su oportunismo. Dejando por un instante hilar su pensamiento, prosigue: “Las mujeres respetan lo que han prometido. Los hombres son oportunistas, ¡todos son así!”. Y, de pronto, se detiene, pasmada por lo que acaba de decir, de decirme, intenta corregirse, recuerda que había buscado *una* analista durante mucho tiempo. La elección de *un* analista no se había impuesto de entrada, al contrario. Esther ya había hecho, años antes, un comienzo de trabajo con una analista, y cuando quiso reemprender un análisis, se dirigió hacia una mujer. Solo una mujer puede comprender a una mujer. Pero, finalmente, cuando ese reencuentro no se logró, eligió dirigirse a un hombre, consciente de que al hacerlo aceptaba ponerse en peligro. Toma conciencia de que hablarle a una mujer de su odio a los hombres le dejaba imaginariamente la posibilidad de mantener intacto, íntegro, ese odio. Se instalaría, piensa, una suerte de complicidad *a priori*. Una vez más hace falta no caer en el engaño de las representaciones imaginarias que echan a andar en su discurso, porque en una situación tal la relación transferencial con una analista no se dejaría determinar enteramente por su *a priori*. Sin embargo, la connivencia instaurada de entrada por una posición tal de arranque habría funcionado seguramente como una formidable resistencia a modificar su relación respecto de un hombre.

En el momento mismo en que pronuncia esa frase, ella ha cambiado de interlocutor: momento fecundo en el que actúa la transferencia. Ella se dirige de ahora en más a un hombre. Hablarle a un hombre de su odio a los hombres otorga bruscamente un peso impensado a su palabra. Se puede ser incluso un poco más preciso: a un hombre con el cual ese odio conocía un principio de vacilación.

Se ve allí que se precisa la cuestión planteada. No se trata de evocar el hecho de que la relación analítica de una mujer con un hombre lleve a una relación transferencial, evidentemente, porque allí está todo el análisis. Se trata de observar una relación transferencial singular que viene a repetir una situación de bloqueo, en la cual la afirmación de la feminidad se enuncia como negación o, más aun, como rechazo del hombre, y de interrogarse sobre la superación de ese rechazo.

¿Por qué hablar en torno a ese momento del análisis de asunción de la feminidad? Porque hasta ese momento la afirmación de la feminidad pasaba por el apoyo en una posición defensiva, de ataque contra el hombre (el ataque es la mejor de las defensas). Bajo la cobertura de lo que puede llamarse una reivindicación feminista, se trataba claramente para Esther de denegar al hombre toda veleidad de pretender representar el falo y de probar, día tras día, que solo ella podía tenerlo. Es probable que el peligro representado por un analista hombre haya venido a endurecer este asunto, a reforzar las defensas y a ponerla en posición de no tener que ceder nada. Así se había constituido en mí el sentimiento de que con un hombre se reforzaba el conflicto de marras: así se había constituido la cuestión.

Por cierto, haría falta también poder informar todas las facetas del combate de Esther. No obstante, aparte de que no se trata aquí de abocarse al relato de un caso, dar la prioridad a la problemática de la envidia del pene ocultaría precisamente lo que resultó determinante en esa mutación. Los únicos hombres que tenían gracia a sus ojos eran los homosexuales, los únicos que podían encontrarse desprovistos de la brutalidad común de sus congéneres, los únicos en asumir una dimensión femenina. Constantemente sometida a una amenaza proveniente del hombre, necesitaba estar en guardia. Ceder de cualquier manera que fuera a la pasividad es igualmente ponerse en peligro, es exponerse. En el fondo, la paradoja de Esther es aceptar la pasividad cuando la encuentra en un hombre, pero rechazarla cuando la percibe en ella.

La situación analítica

Hombre, mujer, “nos basta que se distingan como si fueran cada uno el fantasma del otro”, escribió graciosamente alguna vez Eugénie Lemoine-Luccioni (1976, p. 7), poniendo las cosas un poco del lado de la simetría. Por cierto, este aforismo puede bastar para explicar el perpetuo malentendido. Sin embargo, es precisamente ese fantasma lo que se trata de explorar para comprender el *impasse*, o la pasión en la cual cada uno, hombre, mujer, puede estar en su encuentro con el otro.

El dispositivo del análisis es aquel de la diferencia en la que va a deslizarse la diferencia sexual. Es eso que Pierre Fédida (1973) había denominado alguna vez la asimetría esencial en el psicoanálisis, “condición misma para que la cura acoja el juego de ilusiones bisexuales pero no quede en ningún momento cautiva de

su seducción” (p. 160). La diferencia de sexo entre un analizante y un analista –sería más exacto decir la diferencia de género– viene a integrarse con una diferencia de lugares y de funciones en el dispositivo. Se agrega a estas y viene a redoblarlas.

El marco del análisis y, singularmente, la posición del analizante recostado y el requisito durante el tiempo de la sesión de permanecer completamente pasivo instalan indiscutiblemente al analizante, hombre o mujer, en una posición pasiva femenina. Con la regla fundamental que suspende toda acción, las cosas son más complejas: la pasividad se pone allí en funciones de manera decisiva, puesto que la motricidad se halla suspendida durante el tiempo de la sesión, aproximándose así a la fisiología del dormir y del sueño, pero claramente hay acto durante la sesión, pues la regla fundamental tiende a otorgar a la mera palabra el estatuto de acto. Se conoce en el analizante hombre la pregnancia de sentimientos homosexuales que pueden surgir por este dispositivo. De manera simétrica, una mujer víctima durante su adolescencia de una relación incestuosa necesitará un tiempo prolongado para a cara antes de poder encarar un análisis: la pregnancia de la pasividad y del fantasma de sumisión, y la inquietud de una presencia invisible del analista que realiza una aproximación traumática a la situación vivida. Finalmente, la relación con el analista requiere una capacidad de involucrarse en una relación de confianza con el otro, puesto que se tratará de entregarse totalmente. *Entregarse enteramente a alguien a quien se confía los pensamientos más íntimos, los más secretos.* Esta confianza no es posible si no se ha podido hacer una experiencia positiva, o suficientemente positiva, de la pasividad infantil.

El giro transferencial de Esther viene primero a significar el abandono de la posición transferencial inicial por otra. El análisis –forzando la mayor pasividad y, diría también, forzando la mayor feminidad– obliga a volver a actuar el teatro de la diferencia de los sexos. Se trataría, para retomar el término de Jacqueline Schaeffer (1999) en un artículo muy apasionado sobre esta cuestión, de aceptar la *derrota* de lo femenino (p. 38). En esta nueva posición transferencial lo que está en juego es precisamente la aceptación de la actividad del otro. En el período siguiente, fue sobre este preciso punto que Esther descubrió otras relaciones posibles con los hombres. Ella evocará, sintiendo hacer un descubrimiento poco honesto, el placer obtenido en involucrarse en una relación con un hombre que la mantenía. Ella descubre que la violencia con que su compañero se aferraba a ella en la vida tanto como en el amor la colma. Apenas se tranquiliza al descubrir la dimensión de juego que a la vez inaugura y hace posible una relación tan políticamente incorrecta.

Para concluir

Se ha hecho todo un recorrido en el esfuerzo de cernir los contornos de una feminidad originaria que ha venido a confundirse con la pasividad y la dependencia infantiles más cercanas a la seducción originaria. Ese trayecto ha reencontrado una cuestión que Freud no ha dejado de perseguir sin aportar nunca una respuesta que le satisficiera. Hemos retomado un momento particularmente tenso de esta discusión con

él mismo, pero estos debates se inscriben en una historia que había comenzado con el *Proyecto* y que proseguiría todavía en el *Esquema*. Recordemos el primer boceto de la teoría de las neurosis de defensa en el manuscrito K: es una “vivencia primaria [...] activa (en el varoncito) o pasiva (en la niña)” (Freud, 1958 [1896]/2006a, p. 212)²¹ que, puesto que está acompañada de placer será responsable de la neurosis obsesiva, es “una vivencia displacentera primaria, vale decir, de naturaleza pasiva” (p. 218)²², que se produce en la mujer dotada de una “pasividad sexual natural” (p. 218) o en el hombre pasivo, que estará en el origen de la histeria (p. 209). Posteriormente, los *Tres ensayos* brindan, en las decisiones sucesivas, si se está atento a las variantes, agregados y supresiones, una suerte de hilo rojo gracias al cual es posible seguir todas las modulaciones del pensamiento de Freud. Los principales fundadores de la bisexualidad y de una libido de naturaleza masculina fijan el cuadro en el interior del cual la relación de la actividad/pasividad con lo masculino/femenino permanecerá constantemente en proceso. En 1905, Freud se conforma con “la oposición de lo masculino y lo femenino, conjugada en la bisexualidad” (p. 93)²³. En la nota al pie que agrega en 1915 afirma absolutamente la identidad de ambos pares de opuestos, y agrega que se trata de una oposición “cuya significación en psicoanálisis se reduce a la oposición activo y pasivo” (p. 93); activo y pasivo devienen simples precursores de masculino y femenino. Sin embargo, en la nota que agrega en 1924 modula fuertemente su afirmación y modifica el agregado: el par masculino/femenino ya no se *reduce* en el par activo/pasivo, como dos pares idénticos, sino que sucede que uno *reemplaza* al otro, haciendo jugar entre ellos una diferencia: se trata de una oposición “que hay que reemplazar a menudo, en psicoanálisis, por la de activo y pasivo” (p. 93).

Hemos visto el giro del comienzo de los años 30, pero al fin de la década anterior, en *El malestar en la cultura*, de 1929, ya no es una atenuación, es directamente una reticencia: “demasiado apresuradamente hacemos la actividad con lo masculino y la pasividad con lo femenino [...]. La doctrina de la bisexualidad sigue siendo todavía muy oscura” (p. 293)²⁴.

Sin duda, este debate tiene como fondo la teoría de la primacía del falo. Wladimir Granoff había señalado claramente las posturas en su libro *La pensée et le féminin [El pensamiento y lo femenino]* (1976). Pensar en términos de simple bisexualidad, dejar que las cosas participen de una simetría entre lo femenino y lo masculino, entre lo pasivo y lo activo

21 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción corresponde a la p. 263 de: Freud, S. (1986). Fragmentos de la correspondencia con Fliess: Manuscrito K. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1958 [1896]).
22 N. del T.: En español, Freud (1958 [1896]/1986, p. 268).

23 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción corresponde a la p. 145 de: Freud, S. (1992). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 7). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
24 N. del T.: En español, Freud (1958 [1896]/1986, p. 268).

24 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción corresponde a la p. 103 de: Freud, S. (1986). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1929).

–recordemos los intercambios epistolares entre Freud y Fliess sobre el cuerpo compartido entre una mitad femenina y una mitad masculina— ya embarcarse en un abandono de los principios.

Puesto que Freud no hace jamás concesiones sobre la unicidad de la libido masculina y la primacía del falo, la cuestión a la que se ve confrontado es cómo hacer el dos a partir del uno. El recorrido que hemos hecho, dando todo su lugar a lo originario y escapando a lo que podría construirse como falsa simetría, permite, me parece, salir de esta discusión circular. Cuando Freud (1933 [1932]/1995b) concluye su texto sobre la feminidad, no se conforma con remitir a los poetas, como recordé en la introducción, remite sobre todo a cada uno: “Esto es todo lo que tenía que decir sobre la feminidad. Es seguramente incompleto y fragmentario [...], Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieren a sus propias experiencias de vida” (p. 219)²⁵; es un fragmento que, generalmente, no se cita.

Resumen

Que lo femenino pueda ser compartido entre los dos sexos se inscribe en la historia precoz del infante, en la que el niño y la niña no tienen posiciones simétricas. El autor recuerda la importancia del lazo originario con la madre para los dos sexos en la construcción de esta feminidad originaria. Remarca la evolución de Freud en torno a este punto, que vuelve a poner en cuestión a lo largo del tiempo la asimilación inicial de los pares activo/pasivo, masculino/femenino, sin por ello poner en cuestión la primacía del falo. El autor arriesga la idea de una envidia del pene que no sea envidiosa, así como cuestiones que tienen, con la emergencia de la noción de género, una gran actualidad y que aquí se ilustran en la clínica de la cura.

Descriptor: *Bisexualidad, Actividad-pasividad, Masculino-femenino, Envidia del pene, Transferencia.* **Candidato a descriptor:** *Feminidad originaria.*

Abstract

The fact that the Feminine could be shared between the two sexes is inscribed in the precocious history of the child where the boy and the girl do not have symmetric positions. The author brings up the importance of the original link to the mother, for both sexes, in the construction of this original femininity. He highlights Freud's evolution on this point, who puts to question along his work the initial assimilation of the pairs active/ passive, masculine/feminine, without however questioning the primacy of the phallus. The author puts forth the idea of a craving for the penis that is not envious. Those are questions which, given the emergence of the notion of gender, have a great sense of contemporaneity which are illustrated here in the clinic of the psychoanalytic treatment.

Keywords: *Bisexuality, Activity-passivity, Masculine-feminine, Penis envy, Transference.* **Candidate to keyword:** *Original femininity.*

25 N. del T.: En español, Freud (1933 [1932]/1986, p. 125).

Referencias

- Fédida, P. (1973). D'une essentielle dissymétrie dans la psychanalyse. *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 7, 159-166.
- Freud, S. (1991). L'organisation génitale infantile. En S. Freud, *Oeuvres complètes* (vol. 16). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1992a). Le problème économique du masochisme. En S. Freud, *Oeuvres complètes* (vol. 17). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1924).
- Freud, S. (1992b). Quelques conséquences psychiques de la différence des sexes au niveau anatomique. En S. Freud, *Oeuvres complètes* (vol. 17). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1925).
- Freud, S. (1994a). La question de l'analyse profane. En S. Freud, *Oeuvres complètes* (vol. 18). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (1994b). Le malaise dans la culture. En S. Freud, *Oeuvres complètes* (vol. 18). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1929).
- Freud, S. (1995a). De la sexualité féminine. En S. Freud, *Oeuvres complètes* (vol. 19). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1931).
- Freud, S. (1995b). La féminité. En S. Freud, *Oeuvres complètes* (vol. 19). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1933 [1932]).
- Freud, S. (2006a). Manuscrit K. En S. Freud, *Lettres à Wilhelm Fliess, 1887-1904*. Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1958 [1896]).
- Freud, S. (2006b). Trois essais sur la théorie sexuelle. En S. Freud, *Oeuvres complètes* (vol. 6). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (2010). Analyse finie e analyse infinie. En S. Freud, *Oeuvres complètes* (vol. 20). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1937).
- Granoff, W. (1976). La pensée et le féminin. Paris: Minuit.
- Lacan, J. (1966). La signification du phallus. En J. Lacan, *Écrits*. Paris: Seuil. (Trabajo original publicado en 1958).
- Lacan, J. (1998). *Le séminaire de Jacques Lacan, livre 5: Les formations de l'inconscient*. Paris: Seuil. (Trabajo original publicado en 1957-1958).
- Laplanche, J. (1992). Masochisme et théorie de la séduction généralisée. *Psychanalyse à l'Université*, 17(67), 3-18.
- Lemoine-Luccioni, E. (1976). *Partage des femmes*. Paris: Seuil.
- Merot, P. (2014). «Dieu la mère»: *Trace du maternel dans le religieux*. Paris: PUF.
- Schaeffer, J. (1999). Que veut la femme? Ou le scandale du féminin. En *Clés pour le féminin; femme mère amante et fille*. Paris: PUF.

